

# Fortuna e infortunio de lo pastoril en la recepción del Quijote

Fortune and misfortune of the pastoral myth in the reception  
of ‘Don Quixote’

MIGUEL SALMERÓN INFANTE

Recibido: 21–Septiembre–2017 | Aceptado: 6–Noviembre–2017 | Publicado: 22–Diciembre–2017

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2017

Alonso Quijano tenía dos modelos de identificación: el caballero, a lo largo de toda la novela y el pastor, en ciertos tramos de ella, y al final de esta. Cervantes admiraba la novela pastoril, prometió hasta el final una segunda parte de *La Galatea*. Por su parte el *Quijote* está plagado de pequeñas historias de amores, desamores y enredos de tipo pastoril. El mito de lo pastoril por lo tanto configura la obra cervantina. Lo pastoril quijotesco y cervantino ha sido objeto de una recepción muy diversa en el pensamiento español del siglo XX. Mientras que la valoración de Menéndez Pelayo se acerca al denuedo, la de Américo Castro es muy positiva, siendo más neutral la de Unamuno u Ortega.

Caballero · Pastor · Cervantes · El Quijote ·  
Recepción Filosófica.

Alonso Quijano had two identification models: the knight and the shepherd. He pretends to be a knight throughout the novel and pastor at the end of it. Cervantes admired the pastoral novel and promised until the end of his life a second part of *La Galatea*. On the other hand, *Don Quixote* is full of small stories of love's adventures and misadventures and entanglements of pastoral type. The myth of the pastoral therefore configures Cervantes' work. The pastoral in *Don Quixote* and Cervantes has been the subject of a very diverse reception in Spanish thought of the twentieth century. While Menéndez Pelayo's assessment is disdainful, that of Américo Castro is very positive, being Unamuno or Ortega more neutral.

Knight · Shepherd · Cervantes · Don Quixote ·  
Philosophical Reception.

M. Salmerón Infante (✉)  
Universidad Autónoma de Madrid, España  
email: miguel.salmeron@uam.es



# Fortuna e infortunio de lo pastoril en la recepción del Quijote

MIGUEL SALMERÓN INFANTE

**A**NTES QUE NADA QUIERO RESALTAR LA IMPORTANCIA de la novela pastoril en el Quijote. Y la quiero resaltar, porque, aparte de la importancia innegable que Cervantes le confirió a esta categoría estética y este género en su producción novelística, entiendo que lo pastoril es la clave de la modernidad de *El Quijote*. Es decir, que la importancia concedida al procesamiento interior de los contenidos mentales del personaje que está incipiente en la novela pastoril abre la posibilidad del tránsito de una narración episódica y externa, como la que está presente en la novela caballeresca, a una más caracterizada por la continuidad y la unidad que se logra en *El Quijote*. Algo que se pone de manifiesto con notable evidencia si comparamos la novela de 1605 con la de 1615. Todo ello teniendo en cuenta que el desarrollo interno de las nociones, las emociones y los valores del personaje serán precisamente la piedra angular de la novela moderna.

Este escrito trata acerca de cuál ha sido la valoración de la importancia de lo pastoril en *El Quijote* en el pensamiento filosófico español del siglo XX. Mi plan sería valorar esa cuestión en cuatro pensadores: Menéndez–Pelayo, Unamuno, Ortega y Gasset y Américo Castro.

Temporalmente Menéndez Pelayo (1856–1912) es un pensador de finales del siglo XIX. Sin embargo, se asoma a los albores del siglo XX para hacer en la Universidad Central de Madrid un discurso inaugural del curso de 1905, el del tricentenario de la primera edición de la primera parte de *El Quijote*. El título del discurso «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*» está perfectamente en consonancia con su contenido. Por otra parte, el discurso puede considerarse testamento de Menéndez Pelayo, pues mostrando la excelencia intelectual del maestro santanderino para penetrar en el espíritu de las obras literarias e insertarlas en un continuo histórico, toma como objeto de homenaje al siempre emblemático Cervantes. También ha de decirse que, si

bien el discurso muestra las virtudes, no esconde los vicios de Don Marcelino. Estos son básicamente sus excesivos sesgos estético e ideológico. El sesgo estético es el de su preferencia claramente decantada en favor del realismo. Hasta el punto de que se podría decir que, para Menéndez Pelayo, la literatura de calidad, o más exactamente la literatura que sin más merece ese nombre o es realista o no es. Por otra parte, el sesgo ideológico es el de un esencialismo españolista que cree ver como marchamo de excelencia y el de una visión de la evolución de la cultura según la cual el cristianismo es su epítome y culminación. Y aquí tal vez habría que decir que, al hilo de este texto, en Menéndez Pelayo hay más de cristiano que necesariamente de católico.

En la Universidad Central de Madrid, Don Marcelino comienza diciendo que lo que le ha impulsado a aceptar la invitación ha sido, en su condición de catedrático emérito, afirmar su compromiso con la Universidad. Por otra parte, y entrando en materia, pretende aportar una sobria interpretación de Cervantes, basada en el puro concepto literario, «sin buscar fuera del arte mismo la razón de su éxito»<sup>1</sup>.

Cervantes, prosigue el orador, habría ocupado un lugar reconocido, pero modesto, en la historia de la literatura en lengua española, si sólo hubiera compuesto poesía lírica o dramática. El lugar preeminente que ocupa se debe claramente a su producción novelística<sup>2</sup>. Sin embargo, en la faceta de novelista del alcalaíno habría que distinguir entre su dimensión de escritor profesional y la de genio. Como escritor profesional va acerando sus armas para pasar de los excesos alegóricos de *La Galatea* al estilo más personal de *Persiles y Sigismunda*. También dentro de esta dimensión profesional se ve una cada vez mayor progresión a la hora de superar lo fragmentario y obtener continuidad. Lo fragmentario está presente en las *Novelas ejemplares* y en la primera parte del *Quijote*. Sin embargo, la genialidad de Cervantes, y en consecuencia, la continuidad orgánica que permite decir que nos hallamos ante la primera novela moderna, sólo queda clara y manifiestamente actualizada y lograda en la Segunda Parte del *Quijote*<sup>3</sup>. Aquí como en todos sus escritos queda constancia de que Menéndez Pelayo fue, ante todo, un magnífico pensador en torno a la Estética. Detrás de sus juicios se percibe un remitirse a las grandes líneas

<sup>1</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote», en *Obras Completas de Menéndez Pelayo VI* (Madrid: CSIC, 1941). Disponible en: [https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/menendez\\_pelayo.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/menendez_pelayo.htm), p. 1. Consultado el 3 de julio de 2013.

<sup>2</sup> Ídem, p. 2.

<sup>3</sup> Ídem, p. 2.

históricas de la estética. Aplica el proceder aristotélico y acumulativo del artista de oficio al Cervantes novelista y asocia la iluminación platónica propuesta en *Fedro* para el Cervantes genio de su obra maestra, que según él es *El Quijote* de 1615.

Acto seguido se hace alusión a que el *Quijote* es crisol de muchos géneros literarios. Esta afirmación, no es desde luego nueva, pero lo interesante es el modo de interpretarla. Mientras que, en los episodios de la novela, las viejas formas tradicionales siguen vivas, es en el conjunto de la novela donde se obtiene una unidad nueva que va mucho más allá de la suma de sus partes. Habría que decir que aquí Menéndez Pelayo hace mucho hincapié en una diferenciación quizás demasiado cuarteada de géneros. Así se habla de novela pastoril en el relato de Marcela y Grisóstomo, del tono más realista de éste en el episodio de Basilio y Quiteria (es decir, Las bodas de Camacho), y de novela sentimental en el de Luscinda, Cardenio, Dorotea y Fernando<sup>4</sup>. Aquí discrepo, pues entiendo que en esta última hay mucho de pastoril. En todo caso, creemos que en todos estos periodos relativos hay elementos pastoriles y otros que no lo son. Pues por centrarnos exclusivamente en el relato de Marcela y Grisóstomo, nos encontraríamos con un marco ambiental indudablemente pastoril, sin embargo, el final por el cual queda reivindicado el derecho de Marcela a su libertad para denegar una demanda de amor y su liberación de cualquier responsabilidad respecto a la muerte del no amado Grisóstomo, confirmada por Don Quijote, confieren a este relato de una resolución y un pathos muy diferente al que había sido habitual en el género. La trama de los episodios de la *Diana* de Montemayor siempre culmina con un *happy end*, o con la renuncia lúcida y feliz a un amor imposible, y en cuanto al pathos, siempre aparece justificada la autocompasión por parte del no amado o el rechazado. En Cervantes vemos que hay suicidio del no amado y justificación de la potestad de no amar de aquella que no ama.

Sin duda lo importante y nuclear del discurso de Menéndez Pelayo es la reivindicación de Cervantes como un hombre culto y «leído». Aunque, según Don Marcelino, Cervantes citaba de memoria, en el autor del *Quijote*

la antigüedad había penetrado en lo más hondo de su alma y se manifestaba en él, no tanto por la inoportuna profusión de citas y reminiscencias clásicas... como, por otro género de influencia más honda y eficaz; por lo claro y armónico de la composición...por

<sup>4</sup> Ídem, p. 2.

cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial<sup>5</sup>.

En Cervantes destaca un buen humor sereno de cuño renacentista que lo hace «más humanista que si hubiese sabido de coro toda la antigüedad griega y latina»<sup>6</sup>. Dicho de otro modo, Cervantes fue, por humano, humanista.

El siguiente tramo del discurso de Menéndez Pelayo hace revista de todas las influencias que acoge Cervantes, es decir de todas las fuentes de las que bebe, sin que en ningún momento deje de estar claro que tiene con todas estas un contacto tan documentado como vivo.

Del mundo griego se menciona su familiaridad con la *Odisea*, con las Ideas platónicas y con los moralistas helenísticos<sup>7</sup>.

Menéndez Pelayo prosigue su revista aportando la hipótesis de que Cervantes siguió al erasmista Juan de Valdés, y su obra *Mercurio y Carón*, por la muy frecuente descripción que él hacía en su prosa de las costumbres populares, Don Marcelino afirma también que Cervantes no pudo mencionar esta influencia debido a que posteriores escritos de Valdés fueron considerados heréticos<sup>8</sup>. Por cierto, aquí habría que decir que esta tesis del erasmismo, o el cripto-erasmismo cervantino es también compartida por Américo Castro en su obra de 1925 *El pensamiento de Cervantes*.

Donde sí que se muestra Menéndez Pelayo rotundo al mencionar una influencia cervantina es con el infante Don Juan Manuel y el *Conde Lucanor*. Con Don Juan Manuel encontramos a un moralista más filosófico que caballeresco y al primer escritor medieval castellano con un estilo personal en prosa<sup>9</sup>.

De Bocaccio, sin embargo, toma Cervantes esa pulcra capacidad renacentista de ceñirse a los límites de un género en el caso de Bocaccio, «el cuento por el cuento mismo»<sup>10</sup>. Y al mismo tiempo Cervantes logra un deseable distanciamiento del calco clasicista de y el «exceso de compostura» de Bocaccio, por una prosa más desenfadada<sup>11</sup>.

<sup>5</sup> Ídem, pp. 2-3.

<sup>6</sup> Ídem, p. 3.

<sup>7</sup> Ídem, p. 3.

<sup>8</sup> Ídem, p. 3.

<sup>9</sup> Ídem, p. 4.

<sup>10</sup> Ídem, p. 4.

<sup>11</sup> Ídem, p. 5.

Otra de las excelencias de Cervantes es la maestría para la narración y los diálogos y ahí las fuentes son *La Celestina* de Fernando de Rojas, *El Corbacho* del Arcipreste de Talavera, y las comedias de pasos de Lope de Rueda<sup>12</sup>.

Sin embargo, recordemos que lo que queremos traer aquí a colación y poner de relieve es el tratamiento de lo pastoril que hace Menéndez Pelayo. Y aquí vemos una notable dureza. Cervantes que encontró su propio estilo sin buscarlo «cultivó a veces géneros falsos como la novela pastoril, la novela sentimental, la novela bizantina de aventuras»<sup>13</sup>. Géneros falsos, descarríos prestigiosos, pero descarríos, al fin y al cabo, y prestigiosos, porque también Shakespeare, Milton, Lope «pagaron tributo» a lo pastoral<sup>14</sup>. *Lo pastoral* parece a Menéndez Pelayo un yermo por donde han de transitar todos los escritores de los siglos XVI y XVII en Europa, algunos para quedarse presos en él, otros, los excelentes, para alcanzar cotas más altas. En el caso de Cervantes, no alcanza su propio estilo hasta que no se libera de cierto manierismo lingüístico, del que por ejemplo no se liberará Quevedo, y no se desmarque totalmente de lo pastoril. «Su estilo arranca no del capricho individual, no de la excéntrica y errabunda imaginación, no de la sutil agudeza, sino de las entrañas mismas de la realidad que hablan por su boca»<sup>15</sup>. En este juicio de Menéndez Pelayo se distingue cierta veta romántica, si bien la mimesis (μίμησις) o imitación de la naturaleza ha de ocupar un lugar central en el arte de calidad, la mentada imitación de la naturaleza no estriba en hacer una imitación con apariencia de realidad de la naturaleza externa, sino en que el artista en su proceder actúe como la naturaleza, con espontaneidad, con recursos propios y no forzados, y con un vigor de composición que obedezca a una ley propia y no adoptada.

No expondremos la otra parte de su discurso en la que Menéndez Pelayo se refiere a la fortuna de la novela caballeresca en España. La cual es de cuño extranjero en su origen y en su vertiente deformada e inverosímil, mientras que habría una veta positiva, viril y realista, ésta hispánica, claro está, que encarnaría el Infante Don Juan Manuel<sup>16</sup>.

Reconociendo el inmenso mérito de Menéndez Pelayo y su enorme excelencia como intelectual en el campo de la estética, diferimos del juicio que hace sobre lo pastoril en Cervantes al cual toma por un descarrío estéril y

<sup>12</sup> Ídem, p. 7.

<sup>13</sup> Ídem, p. 5

<sup>14</sup> Cf. ídem p. 5.

<sup>15</sup> Ídem, p. 7.

<sup>16</sup> Ídem p. 8,

ocioso. Para nosotros es a través de lo pastoril, y del personal tratamiento que le confiere, cómo Cervantes logra encontrar su estilo y darle también a lo caballeresco una forma y un planteamiento originales. Allá donde Menéndez Pelayo ve un obstáculo en reposo inerte, nosotros vemos un catalizador de nuevas formas literarias.

Miguel de Unamuno pertenece al grupo de escritores que pretenden corregirle la plana a Cervantes. Unamuno toma la singular perspectiva pro-quijotesca y anti-cervantina. Así en *La vida de Don Quijote y Sancho* (1905), su principal ensayo al respecto, habla del «menguado historiador», del «malicioso Cervantes», del «bueno de Cervantes», del «pobre Cervantes» o del «condenado Cide Hamete». Este despego contrasta con el trato que depara al personaje a quien llama «Don Quijote mío». En todo caso, Unamuno nos muestra un Cervantes que no entiende al Quijote, a Alonso el bueno, ése que en el fondo es la clave para la regeneración de España. En ese sentido Unamuno es un seguidor más de la teoría del Cervantes como *ingenio lego*, que instaurara Tamayo y Vargas en el siglo XVII. Respecto a lo pastoril, habría que decir que Unamuno ni siquiera lo valora como un «descarrío» como hace Menéndez Pelayo, sino que más bien lo ignora. Si en Menéndez Pelayo la práctica cervantina de este género es un tributo a una tradición literaria, Unamuno quiere ignorar toda veta intelectual en Cervantes y afirmar en él unilateralmente la vitalidad del genio cervantino, que dará frutos, no por sus lecturas, sino a pesar de ellas. Como muestra su valoración del «donoso escrutinio».

Aquí inserta Cervantes aquel capítulo VI en el que nos cuenta «el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo, todo lo cual es crítica literaria que debe importarnos poco. Trata de libros y no de vida. Pasémoslo por alto<sup>17</sup>.

Unamuno prosigue en su despego de lo pastoril, cuando comenta, el capítulo XI, el de la Edad de Oro, en el que Don Quijote cuenta a unos cabreros de una época originaria en que «no había tuyo ni mío». Esta apelación a la Arcadia, le parece a Unamuno un relumbre erudito, vacuo y gastado. Sin embargo, lo que sí le parece efectivo es que Don Quijote emplee un tema y un tono tan elevados que hace que los pastores «crean entenderlo, sin entenderlo» y juzguen que se les está dando la razón, Don Quijote acierta porque esa debe ser según

<sup>17</sup> Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid: Cátedra, 2000), p. 192.

Unamuno, la actitud de todo orador: hacer que el oyente crea que se le está autorizando para reafirmar un punto de vista previo que iba ya a reafirmar pasara lo que pasase<sup>18</sup>.

El desprecio de lo pastoril sigue siendo mayúsculo en Unamuno, hasta el punto de que los capítulos XII y XIII de la Primera Parte del *Quijote* donde se cuenta la peripecia de Marcela y Grisóstomo, son comentados teniendo por foco el amor de Don Quijote por Dulcinea<sup>19</sup>. Como prueba de que la lejanía a lo pastoril es total, hay que recordar que se omite todo comentario e incluso toda mención del capítulo XIV, en el que se cuenta el desenlace de los amores de Marcela y Grisóstomo y la reivindicación final de Marcela.

Igualmente es ninguneado el maltrecho amor de Cardenio por Luscinda (como lo será luego la novela del Curioso impertinente, «por entero impertinente a la acción de la historia»<sup>20</sup>), la única justificación que Unamuno ve a esta inserción de Cervantes es hacer y hacerse creer la realidad de su héroe, un héroe de la «verdadera» locura, la única que nos puede liberar de «la peste del sentido común»<sup>21</sup>. Siendo Sancho el principal apestado y Don Quijote su médico. Esta educación que Alonso imbuye a Sancho es de la que está necesitado el pueblo español según Unamuno, la de un pueblo que vegeta, con comodidad y sin impulso superador vive alicorta, ceñido a su chato y egoísta sentido común. Si bien a pesar de que en Don Quijote hay ambición, y en Sancho codicia, los dos resortes que han hecho salir de sus casas, avista Unamuno un resquicio de esperanza. Lo mismo que en Don Quijote no hay resquicio de codicia, sí que hay un poco de ambición en Sancho que va transformando poco su sed de oro en sed de fama<sup>22</sup>.

De igual modo la historia de Dorotea y Fernando, como sabemos, entremezclada con la de Cardenio y Luscinda, sólo le sirve a Unamuno para acentuar la creencia de Don Quijote en su proyecto contra el sentido común. Fe que se ve reafirmada al no aceptar la oferta de casamiento que la bella Princesa Micomicona le hace y seguir firme en su amor a Dulcinea. Con los ardides de Dorotea instigados por el cura y el barbero para que Don Quijote retorne a su pueblo, comienza, según Unamuno lo triste de su historia, donde ya no hay aventuras propias, sino tramoyas urdidas por otros. Si bien eso no es

<sup>18</sup> Ídem, pp. 212–218.

<sup>19</sup> Ídem, pp. 219–321.

<sup>20</sup> Ídem, p. 289.

<sup>21</sup> Ídem, p. 264.

<sup>22</sup> Ídem, p. 195.

necesaria y solamente fracaso pues se materializa, en que tal vez él se «desquijotice», pero «quijotizando» haciendo entre otras cosas que «el Bachiller Sansón Carrasco acabe en tomar en veras sus burlas y pase de pelear por juego a pelear por honra»<sup>23</sup>.

En Unamuno lo caballeresco eje sobre el que debe girar el Quijote conduce a Alonso el Bueno a denegar la certeza cartesiana del «¡yo sé quién soy!» optando radicalmente por «¡yo sé quién quiero ser!». Lo que se es, no es más que caduco y percedero, «el que quieres ser es tu idea de Dios, conciencia del Universo: es la divina idea de que eres manifestación en el tiempo y el espacio»<sup>24</sup> Don Quijote es el señero ejemplo del existencialista, la mejor personificación del *Enter-ElLEN* de Kierkegaard. La placidez pastoril no convendrá jamás a la apuesta por la contienda intelectual, al encomio del *Caballero de la Fe*, en el que Unamuno insiste. Auténtica lección, y verdadera propuesta para los españoles de hoy en día, frente a los descreídos que no quieren ver gigantes devoradores de hombres en los artilugios del progreso, entonces para Alonso molinos, y ahora, para Unamuno, «locomotoras, dínamos, buques de vapor, automóviles, telégrafos con hilos o sin ellos, ametralladoras y herramientas de ovariotomía»<sup>25</sup>. Ese denuesto del progreso, de la aceptación sin más ni más de lo fáctico, se compadece con el elogio que hace Unamuno del amor de Don Quijote por Dulcinea. Para empezar, señala que en el amor del hombre a la mujer el instinto de perpetuación vence al de conservación. Esta visión tan conservadora, y en el fondo misógina, viene a darnos clave de la poca confianza que le inspiraba a Unamuno la mujer libre, la pastora Marcela, hasta el punto de excluir su capítulo en un libro como *La vida...* que es una glosa de la obra inmortal de Cervantes. Pero Unamuno, prosigue con su descripción del amor, ciñéndose a Alonso. Viéndose imposibilitado Don Quijote de «perpetuarse por ella en hijo de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu»<sup>26</sup>. Es cierto que, en las andanzas del caballero de la fe, hay un momento que juzgamos especialmente afortunado. Concretamente con la lúcida acritud de Unamuno contra los clérigos que meten miedo a los fieles como los «cuervos y grajos» que revolotean a la entrada de la Cueva de Montesinos, haciendo «creer al pueblo que cree en lo que no

<sup>23</sup> Ídem, p. 276.

<sup>24</sup> Ídem, p. 190.

<sup>25</sup> Ídem, p.199.

<sup>26</sup> Ídem, p.222.

cree»<sup>27</sup>. Está claro que en la propuesta de reforma de la mentalidad española está presente una defensa de la conducción autónoma del espíritu por parte de cada persona (con lo cual el anteriormente mentado «reforma» tal vez sea un término especialmente bien empleado pues remite al libre examen propuesto por la Reforma, así como al rechazo de la omnímoda tutela clerical). Sin embargo, aun reconociendo los momentos válidos de su libro, y con todo el respeto por Don Miguel, nos parece poco viable y deseable este rechazo del progreso técnico y esta propuesta de conversión en intelectuales existencialistas para los españoles de a pie de 1905. Sobre todo, si tenemos en cuenta lo que históricamente tenían que afrontar.

*Meditaciones del Quijote* (1914), de José Ortega y Gasset, apenas penetra en el contenido de la obra cervantina, sino que se ocupa de las razones previas de su redacción y las consecuencias postreras que debía tener su recepción. El frontispicio del artículo de Ortega se intitula «Lector...», así con puntos suspensivos, frontispicio que va seguido de su desarrollo. Ahí Ortega aboga por que el hombre tome plena constancia de la circunstancia y así comunique con el universo<sup>28</sup>. El peor camino para ello es el tomado habitualmente sólo centrado en robustecer el Estado, en las luchas sociales, en la ciencia en cuanto técnica<sup>29</sup>. Ese error positivista y en el fondo víctima de la abstracción, es coextensivo con el de todas aquellas mentalidades que no han conseguido aprehender que lo vida no es ni materia ni alma ni cosa determinada, sino perspectiva<sup>30</sup>. A tal efecto Ortega un acceso al «verdadero quijotismo», no al de Don Quijote, sino al de Cervantes, y no al de la biografía sino al de su libro. Con esto el filósofo madrileño hace una declaración a favor de una propuesta hermenéutica basado en una lectura directa sin ninguna apoyatura en documentación o investigación organizada y sistemática en torno al tema. Más que de *El Quijote*, nos atreveríamos a decir que Ortega habla *con ocasión* de *El Quijote*<sup>31</sup>.

En la *Meditación preliminar*, Ortega sigue mostrando su rechazo del vicio cosificador de los que no se dan cuenta de que no hay tanto sujeto y objeto como una correlación mutua donadora de sentido para ambos<sup>32</sup>. Más adelante

<sup>27</sup> Ídem, p. 373.

<sup>28</sup> José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Cátedra, 2012), p. 62.

<sup>29</sup> Ídem, p. 67.

<sup>30</sup> Ídem, p. 70.

<sup>31</sup> Ídem, p. 87.

<sup>32</sup> Ídem, p. 105.

el autor hace un denuesto de la Restauración como ese movimiento político que contribuyó a hacer ajeno a los españoles el hábito de pensar<sup>33</sup>. La cultura mediterránea y ese es el sistema de los tres siguientes párrafos, es especialmente proclive a este tipo de sistemas políticos. El motivo de ello es el sensualismo propio de nuestra cultura, que deriva en impresionismo<sup>34</sup>. Bien es cierto que a ese sensualismo realista se opone otro vicio, y ese es el del idealismo el que toma el pensamiento por el todo. Si bien el idealismo encierra una verdad, la de que nada puede alcanzarse con plenitud sin el pensamiento<sup>35</sup>. Y en este orden de cosas, por su capacidad de abrazar una plenitud es grande El Quijote. Aunque, por otra parte:

no existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación<sup>36</sup>.

Y es que para Ortega es importante hallar aquello que es auténticamente español, lo cual no se identifica sin más ni más con aquello que se da entre nuestras fronteras, sino lo que es a España esencial<sup>37</sup>.

Y así alcanzamos la «Meditación primera», que quiere al hilo de El Quijote acercarse al concepto de novela. Hay dos tipos de novelas, aquellas en las que ocurren cosas y aquellas en las que, no pasando prácticamente nada o nada, la gracia está en el modo de contar lo que ocurre<sup>38</sup>. Mientras que la primera modalidad se acerca más a la épica, la segunda es más propiamente novela. Los libros de caballerías son el último retoñar del «viejo tronco épico»<sup>39</sup>. El tránsito que supone El Quijote consiste en el paso del interés por lo descrito suplido por el interés de la descripción. Ningún personaje de novela interesa per se, pero si el modo en que la novela los capta<sup>40</sup>. Sancho se encuentra pues incardinado en la obra como instancia inhibidora de la aventura, se halla en la novela para que

<sup>33</sup> Ídem, p. 123.

<sup>34</sup> Ídem, p. 136.

<sup>35</sup> Ídem, p. 154.

<sup>36</sup> Ídem, p. 167.

<sup>37</sup> Ídem, p. 172.

<sup>38</sup> Ídem, p. 188.

<sup>39</sup> Ídem, p. 203.

<sup>40</sup> Ídem, p. 208.

lo moderno y novelesco advenga, para que la aventura no se produzca<sup>41</sup>, su función consistiría en aquello que Weber denominó desencantamiento. Y el protagonista de la épica es el héroe, aquel que quiere ser uno mismo y no plegarse a «lo habitual y consueto»<sup>42</sup>. Así mientras que la épica no es triste ni alegre: es un arte apolíneo, indiferente», algo diferente es la lírica que es una «proyección estética de la tonalidad ideal de nuestros sentimientos»<sup>43</sup>. Don Quijote no siendo personaje épico que hace la epopeya, es héroe, quiere la epopeya, quiere ser él mismo<sup>44</sup>. Así pues, Ortega interpreta el Quijote como un poema épico frustrado en el que un héroe encuentra a su paso la imposibilidad de la aventura o su caricaturesco desvirtuarse, que deriva en melancolía. Este proceso podría describirse como una *lirización* de lo épico: algo que se muestra simbólicamente en la novela con el deseo expreso de Alonso Quijano de que Sancho y él pasen a ser pastores. Esa muerte de la aventura y esa eclosión de lo introspectivo es la trayectoria que imprime a la literatura la gran obra cervantina. Sin embargo, y aunque esencialmente el diagnóstico de Ortega es acertado, hay que decir que no otorga en el texto, ningún papel a lo pastoril en este proceso.

Américo Castro se inscribe en una generación más cosmopolita que la de Menéndez Pelayo y más optimista que la del 98, al verse estimulada por el impulso institucionista. Él escribe un libro que sin duda constituye un antes y un después en la recepción de Cervantes en España, *El pensamiento de Cervantes*. Obra que data de 1925, siendo por lo tanto publicada durante la Dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Ya en 1916 Castro había dictado una conferencia «Cervantes su filosofía de la naturaleza i su técnica literaria» que empieza a trazar su perfil de Cervantes. El concepto de la naturaleza cervantino contiene dos rasgos: lo esencial para vivir y la animación<sup>45</sup>. Hay un rasgo que destaca en Cervantes tanto para Menéndez Pelayo como para Castro: el aristotelismo. En el caso de Castro este rasgo se acentúa todavía de un modo más decidido al afirmar, por medio de este escrito del 1916, que no sólo hay un influjo de la estética, sino también de la ontología del Estagirita.

<sup>41</sup> Ídem, p. 212.

<sup>42</sup> Ídem, pp. 227–228.

<sup>43</sup> Ídem, p. 229.

<sup>44</sup> Ídem, p. 230.

<sup>45</sup> Cf. Julio Rodríguez Puértolas, «Prólogo» a *Obra reunida I: El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, de Américo Castro (Madrid, Trotta, 2002), p.13.

*El pensamiento de Cervantes* fue, en general, acogida con parabienes, pues aporta una lectura coherente del autor. Una lectura que difiere de un integrismo esencialista que considera a Cervantes valedor y paladín de la política exterior de Felipe II, del catolicismo y de la Inquisición. Frente a estos caducos planteamientos Castro ubica a Cervantes en un ámbito erasmista, y lo hace con total convicción. Propuesta escandalosa para por ejemplo Agustín González de Amezúa quien ve atacado el ingente monumento de la religiosidad de Cervantes<sup>46</sup>. Sin embargo, esta polémica ideológica y política no le interesaba tanto a Castro como contrarrestar la penosa influencia que habían ejercido los partidarios de una interpretación romántica de Cervantes que lo consideraban un fenómeno originario, espontáneo y autosustentado. Un *ingenio lego*, un escritor sin apenas cultura literaria que había producido de un modo tan inusitado como deslumbrante una obra maestra. Y dentro de estas interpretaciones se encuentra la de Unamuno<sup>47</sup>.

Tal y como señala el propio Castro en la edición de *El pensamiento* en editorial Noguer en 1972, su escrito se caracteriza por ver reflejos renacentistas en el autor «combinado con la idea de no haber sido Cervantes un escritor ignorante e inconsciente»<sup>48</sup>.

Cervantes es ubicado en una tradición culta del renacimiento concretamente la de los tratadistas de cuño aristotélico que proliferan desde la traducción de la *Poética* que hace Robortelli en 1548. Su *Viaje el Parnaso* e incluso su insistencia en lo pastoril han de ser interpretadas en este sentido.

Sus ideas literarias no son elemento adventicio que se superponga a la labor de su fantasía y de su sensibilidad, sino, al contrario, parte constitutiva de la misma orientación que le guiaba en la selección y construcción de su misma senda. La teoría y la práctica son inseparables aquí<sup>49</sup>.

Castro llega a proponer tal presencia de la vertiente aristotélica en Cervantes que entiende que la contraposición entre el modo de ver–narrar de Don Quijote y Sancho, como el modo de ver–narrar de la poesía en contraste con la historia, tal y como se muestra en el capítulo IX de *Poética*<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> Ídem, p.15.

<sup>47</sup> Ídem. p.17.

<sup>48</sup> Ídem, p.24

<sup>49</sup> Ídem. p.47.

<sup>50</sup> Ídem. p.63.

En Castro hay una muy interesante semblanza de la personalidad artística de Cervantes como un hombre en el que hay una tensión entre lo calculable y lo que acontece. De ahí que el exceso normativo se vea mitigado por la inesperada irrupción de lo espontáneo<sup>51</sup>.

Sin embargo, lo que más nos interesa a efectos de este escrito es la interpretación que da Castro de la extraña relación de Cervantes con lo pastoril. Cómo compadecer la crítica que hace Berganza en *El coloquio de los perros* de lo pastoril con la insistencia de Cervantes hasta la extremaunción en escribir la segunda parte de *La Galatea*.

Y Castro señala que Cervantes no quería acabar con la novela pastoril sino con la forma absurda de las mismas. Cervantes era consciente de que en lo pastoril se encontraba el poderío de la literatura para una liberación estética conforme a una liberación del hombre. Y así nos lo recuerda Castro

Era evidente que el incremento adquirido por el arte en el siglo XVI iba derechamente a crear una zona autónoma en que los espíritus no tenían más estímulos que los puramente terrenos y humanos. La literatura hacía verdadera competencia a la religión, tanto más peligrosa cuanto que la forma en que se envolvía estaba ungida por el prestigio de las gracias antiguas y por el genio de los más [grandes escritores] contemporáneos<sup>52</sup>

Y prosigue «así hoy nos parecen incomprensibles las declamaciones contra las ingenuas **novelas pastoriles** en las que los confesores veían toda clase de peligros para la honestidad de las doncellas»<sup>53</sup>.

Castro ve en la novela pastoril el laboratorio literario de la novela moderna. Nosotros nos movemos en términos psicoanalíticos al tratar a Cervantes. Los modelos de identificación que la psique de un individuo adopta tienen una instancia propiamente modélica y otra coercitiva: por una parte, el *ideal del yo*, «así has de ser», y por otra el *superyó*, «así no te es lícito ser». Alonso Quijada tiene dos modelos de identificación el caballero que lo induce al colapso pues le remite a una realidad objetiva que ya no existe, y el pastor, que lo remite a una realidad siempre existente, que es la de la vida interior de la propia *psique*.

Lo relevante, a nuestro juicio, es cómo un modelo de identificación se revela caduco, el caballeresco, y otro operativo, el pastoril, por la incapacidad del primero y la capacidad del segundo de ofrecer un ideal que resulte creíble

<sup>51</sup> Ídem p.78

<sup>52</sup> Ídem p.49

<sup>53</sup> Ídem. p.50.

al *superyó* de Don Quijote para que, del *ello*, se pueda hacer *yo*. De ahí que no sea lo racional en oposición a lo irracional la clave, sino el encaramiento de lo irracional, desde el conjunto del sistema psíquico, para poder conferir estructura a lo que está privado de ella. En ese sentido es muy afortunada la apreciación de Américo Castro, según la cual, es en el relato pastoril «donde por primera vez, se muestra el personaje literario como una singularidad estrictamente humana, como una expresión de un «dentro de sí»»<sup>54</sup>. Esa importancia que le confiere Cervantes a *lo que se cuece* en el relato pastoril, el *sujeto moderno*, es consecuente con la inquietud<sup>55</sup> manifestada por el escritor en toda su obra posterior a *La Galatea* de hacer una segunda parte de ésta<sup>56</sup>.

Que Cervantes le confiriera mayor valor a lo pastoril que a lo caballeresco estribaba no en que lo pastoril fuera racional y lo caballeresco, no, sino que lo pastoril mostraba una irracionalidad que era más operativo encarar. Se le revela a Cervantes que encarar los avatares de los propios sentimientos y emociones es mucho más fructífero que atacar gigantes y endriagos y retar a otros caballeros. En ese nuevo campo de batalla, el interior, no se estará libre de que los molinos se tornen gigantes, o que el espanto de los ruidos de la noche revelen al amanecer estar provocados por prosaicos batanes. No se estará libre ni de la idealización excesiva ni del desencantamiento decepcionante, no se estará libre de la derrota y de la humillación ni tampoco de la locura, pero sí que tendremos la certeza que ese y no otro es el campo de batalla en el que hay que luchar. Tal vez salgamos derrotados, pero será la derrota que nos correspondía, no la obtenida por haber sido incapaz de encontrar el auténtico adversario.

<sup>54</sup> Américo Castro, «La ejemplaridad de las novelas cervantinas» (1948). En: *Hacia Cervantes* (Madrid: Taurus, 1957), p. 213.

<sup>55</sup> Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, «Introducción» a *La Galatea*, de Miguel de Cervantes (Madrid: Cátedra, 1999), pp. 101-103.

<sup>56</sup> Juan Bautista Avallé Arce, «Prólogo» a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Miguel de Cervantes (Madrid: Castalia, 1970), p.11.

## REFERENCIAS

- Avalle Arce, Juan Bautista (1970). «Prólogo» a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Miguel de Cervantes. Madrid: Castalia.
- Castro, Américo (1948). «La ejemplaridad de las novelas cervantinas». En: *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, 1957.
- López Estrada, Francisco y López García-Berdoy, María Teresa (1999). «Introducción» a *La Galatea*, de Miguel de Cervantes. Madrid: Cátedra.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1905). «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*». En: *Obras Completas de Menéndez Pelayo, VI (Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I)*. Madrid: CSIC, 1941, pp. 323–356. Disponible en: [https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/menendez\\_pelayo.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/menendez_pelayo.htm). Consultado el 3 de julio de 2013.
- Ortega y Gasset, José (2012). *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Cátedra.
- Rodríguez Puértolas, Julio (2002). Prólogo a *Obra reunida I: El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, de Américo Castro. Madrid, Trotta.
- Unamuno, Miguel de (2000). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra.




---

**MIGUEL SALMERÓN INFANTE**, es Profesor de Estética y Teoría de las Artes en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid, España. Doctor en Filosofía [≈ PhD] por la Universidad Autónoma de Madrid. Sus principales áreas de interés son la estética, la estética de la música, los nuevos medios y formatos audiovisuales, Johann Wolfgang von Goethe y Richard Wagner. Ha publicado las monografías: *La novela de formación y peripecia (Boadilla del Monte: Antonio Machado Libros, 2002)* y *Lo diabólico, lo demónico, lo fáustico, en la literatura la música y el arte* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2017).

**DIRECCIÓN POSTAL:** Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma de Madrid. Campus de Cantoblanco, Ctra. Colmenar Viejo Km 16, 28049 Madrid, España. e-mail (✉): [miguel.salmeron@uam.es](mailto:miguel.salmeron@uam.es)

---

**CÓMO CITAR ESTE TRABAJO:** SALMERÓN INFANTE, Miguel. «Heidegger y Kierkegaard: En el comienzo». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 6:7 (2017): pp. 103–118.